

Las nuevas guerras del siglo XXI. Proemio

Crisis 2007-2008: nuevas formas de guerra

FERNANDO QUESADA CASTRO

Resumen

Este trabajo, proemio a una obra titulada «Las nuevas guerras del siglo XXI», pretende defender que es necesario hacer un triple cambio epistemológico, de perspectiva crítica, que conduzca a una nueva interpretación de los enfrentamientos bélicos, por un lado, de la dimensión de la política económica de la globalización realmente existente como un proceso transversal y excluyente por otro, así como de la quiebra del carácter normativo de la política.

Palabras clave: *guerras, cambio epistemológico a una nueva interpretación de la guerra, política económica, globalización, carácter normativo de la política.*

Abstract

This paper, proem to a book entitled «The new wars of the 21st Century», argues that it is necessary to make a triple epistemological change: a change in our critical perspective leading to a new interpretation of war-like confrontations, a further change in the dimension of the economy politics of globalization that exists as a transversal and excluding process, and, lastly, a change arising from the fracture of the normative character of politics.

Keywords: *wars, epistemological change to new interpretation of war, economy politics, globalization, normative character of politics.*

El enunciado del trabajo, «Las nuevas guerras del siglo XXI», parecería apuntar a una especie de prontuario de las diversas teorías que se han venido conformando en los últimos años, a su vez tan numerosas como diferentes parecen ser sus fundamentos y tan dispares como las maneras de llevarlas a cabo. Mi intención y mi propuesta de análisis y comprensión estructural de las confrontaciones bélicas están lejos de la realización de un supuesto catálogo de las mismas. Y la razón principal, que habré de justificar y argumentar en su debido tiempo en el texto que seguirá a este proemio, estriba en que la supuesta pluralidad de las guerras actuales ha de ser rearticulada según criterios crítico-epistemológicos que se apartan de la convencionalidad con que se relacionan, de manera cuasi mecánica, las nuevas confrontaciones bélicas con los grupos o actores que aparecen de forma inmediata en la realización de las acciones de guerra o con las economías de escala que se generan a través de la realización de dichos actos de violencia extrema y de destrucción.

Por mi parte, voy a defender que es necesario hacer un triple cambio epistemológico, de perspectiva crítica. En primer lugar, una nueva interpretación de los enfrentamientos bélicos. En segundo lugar, una consideración de la globalización como un proceso político-económico que podríamos denominar de «violencia antropológica». En tercer lugar, una ponderación de los efectos de la quiebra de la política en su sentido normativo, así como de los sujetos tradicionales de la misma.

1. Quisiera reconducir la comprensión de «los actos de guerra» hacia las posiciones jerárquicas que los diversos sujetos de dichas acciones de destrucción masiva ocupan en el orden de la inserción socio-económica y en el de las prácticas políticas. Dicha posición impone un análisis y una especial atención a la construcción simbólica de las estructuras de dependencia que se establecen entre los grupos o países en colisión. Estos actores muestran una especial relación con su inserción en la nueva economía global, relación que se constituye de forma transversal con respecto a las sociedades de cada país e igualmente por lo que se refiere a los diferentes grupos o países que tomemos en consideración. Es esta reubicación transversal en la globalización la que, a su vez, condiciona la creación social de la seguridad o la inseguridad por parte de las élites políticas o los ciudadanos de cierto estatus tanto a nivel nacional como internacional. Su posición en el imaginario socio-político ligado a las relaciones con la seguridad o la inseguridad, que no es neutral sino que está ligada a los intereses de las élites y los países dominantes, es la que acaba situando los diversos espacios geográficos y sus habitantes en el tablero geoestratégico del mundo globalizado. Pues, ciertamente, los «marginados» de distinta clase, tanto económica, social o políticamente, acaban por ser recreados socialmente, de acuerdo con los intereses de «los establecidos» en el *statu quo* dominante, como figuras que alimentan prácticas y modos de vida capaces de generar desórdenes. La propia asimetría de las riquezas en el espacio global, la importancia que puedan tener los Estados, grupos o etnias para las grandes transacciones económicas y en relación con las materias primas, la continuada subordinación, por motivos muy dispares de un amplio número de naciones surgidas a partir de los años cincuenta y, posteriormente, desde 1989, con respecto a las antiguas metrópolis, especialmente los occidentales, así como la re-colonización de amplios espacios de especial interés geoestratégico han sido resignificados, igualmente, en una conceptualización que pretende responder a categorías «científicas».

Pero si bien las premisas epistemológicas aludidas, relacionadas con corrientes antropológicas elaboradas en los países que extendieron su poder hasta bien entrado el siglo XX a las tres cuartas partes del mundo, se presentan analíticamente con la pretensión de ser meramente expresivas de situaciones socio-políticas concretas, configuradas y determinadas como neutralmente ideológicas, no podemos obviar la carga performativa de las mismas. De este modo, conceptos y prácticas ligados a términos tales como: desarrollo, Estados fallidos, países subdesarrollados, Tercer Mundo, pueblos indígenas, etc., despiertan fuertes connotaciones de

carácter peyorativo según las cuales «pobreza» y «miseria» no aluden a márgenes o regiones atrasadas con respecto a un sistema económico-social que progresa, no se contraponen a las posibilidades de disfrute de bienes y desarrollo de capacidades, así como de participación política que suele atribuirse al denominado Estado de Bienestar. Pues, si así fuere, la actuación más acorde con esas conceptualizaciones sería la de solidaridad y ayuda, sin más consideración que la relacionada con la idea de dignidad de las personas. Por el contrario, las situaciones descritas cobran los caracteres de incivilidad, de desorden y de desorganización sociales, no ligados a la falta o pérdida de solidaridades tradicionales, sino al fracaso del control social que posibilitaría la cohesión adecuada de los miembros de la comunidad. De este modo, el desorden social coimplica la idea de hundimiento de la solidaridad orgánica, lo que supone la imposibilidad de configurarse como grupos o Estados estables, dada la idea de «estatalidad» como forma normalizada de convivencia impuesta por el grupo dominante de países hasta mediados del siglo XX. Es cierto que puede apreciarse una dosis de incivilidad y de desorden en países empobrecidos, muchos de ellos antiguas colonias que aún permanecen religadas a sus respectivas metrópolis, las cuales amparan gobiernos contrahechos, nacidos de la irracionalidad con que fueron obligados a «ser Estado-nación», sin atender a la especificidad y a la pluralidad de grupos o etnias de dichos territorios. De igual modo, estamos asistiendo —por contraposición a tales constricciones— a la renegación de ciertos pueblos indígenas a incardinarse en las formas de economía subordinada al mero consumo, que engarza con la exigencia de los derechos a las tierras que siempre habitaron y que desean someter a un tratamiento de producción muy distinto, como lo han puesto de relieve un amplio grupo de antropólogos, especialmente en América Latina. Así pues, no es extraño que se esté considerando, por parte de ciertos países, un intento de marginación respecto de la propia globalización, posibilidad hace tiempo considerada por teóricos y sociólogos de la misma, y especialmente tras la experiencia de la crisis actual. Todo ese conjunto de comportamientos, especialmente cuando tienen lugar en zonas ricas en materias primas o habitan regiones redefinidas como de especial relevancia estratégica, como sucede actualmente con los países desmembrados de la antigua Unión Soviética que marcan los límites de la región del Cáucaso, generan construcciones socialmente alimentadas por élites políticas y agrupaciones económicas que podrían analizarse en los términos de Garland, quien construye sus tesis atendiendo al desarrollo de las grandes ciudades de Inglaterra y Estados Unidos, de forma especial. Es decir, aquellos grupos e individuos que se asumen como sujetos supuestamente respetuosos con las actitudes y los valores de las sociedades desarrolladas en las que viven resignifican otras actitudes al relacionarlas con su experiencia particular de la inseguridad, más concretamente, equiparan miseria y marginación a delincuencia así como las actitudes asociales a formas de criminalidad. Esta reacción estigmatizadora les lleva no a la durkheimiana tarea de intentar una apropiada socialización para la adecuada cohesión moral y social, sino que buscan

estatuir una autoridad suprema, al modo de un nuevo Leviatán, que ha de ocuparse de organizar y llevar a cabo labores de disciplina aplicadas, esta vez, a las formas estatales y a las organizaciones sociales de otros países, encubiertas bajo la concepción de presupuestos de ayuda y desarrollo. La concepción y las prácticas de la «opción cero» se trasladan a países y regiones enteros. De hecho, los Estados o grupos que entran dentro de las denominadas políticas de desarrollo pueden acabar por ser asumidos como centros generadores de revueltas, de comportamientos anárquicos y de desorganización social que, en cuanto tales, han de ser tratados propiamente según prácticas jurídicas de carácter penal, como ámbitos de represión de carácter policial o como centros de subversión que exigen actuaciones militares. En definitiva, la idea de inseguridad prima sobre todas las demás. Como se lee en el *Crátilo* de Platón, quien tiene el poder impone el nombre, designa las cosas y les presta su significado. Los términos, como los expresados en torno al desarrollo y la incardinación en la economía-mundo, que deberían apuntar a relaciones de solidaridad y ayuda mutuas para la consecución de formas cívicas y de organización de vida comunal equitativas, traducen, más bien, la justificación de unir proceso de desarrollo a actuaciones preventivas de seguridad, así como el trato discriminatorio y de criminalización que justifica, igualmente, la irrelevancia política que sufren los países referidos dentro de las organizaciones internacionales: desde la ONU al Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio.

Hoy estamos experimentando cambios geoestratégicos de nuevo cuño que sitúan a algunas de las guerras actuales como guerras sin término ni fin propiamente tales, agotadas en sus objetivos, que persisten simplemente como «guerras contra el terrorismo». Término tan omniabarcante en el espacio y en el tiempo como la proclama de «cruzada» que marcó el inicio de algunas de las principales de tales contiendas, dentro de las 26 guerras que con fecha de 2010 tiene clasificadas el *Uppsala Conflict Data Program*, con unos mil muertos anuales según la citada organización y la confirmación de la ONU. Algunas de ellas, generadas oficialmente como reacción a ataques asesinos que dieron lugar a un gran número de víctimas civiles inocentes, se han venido manteniendo como defensa de nuestras democracias y de nuestras formas de vida consideradas como ideales humanos especialmente desarrollados, e incluso añadiendo el propósito de posibilitar a otros países la construcción de sistemas democráticos afines a los nuestros así como la liberación de la opresión de sus ciudadanos. Todo ello guiado por supuestos principios de «humanitarismo». De hecho, el llamado «nuevo humanitarismo» surgiría en los años noventa en relación con otra cadena de guerras en el espacio de la antigua Yugoslavia. Entre tanto, este «nuevo humanitarismo» ha podido probarse y denominarse, por las investigaciones ya realizadas y los protocolos consultados, «humanitarismo militarista», expresión que muestra la contradicción que encerraba su pregonada justicia. En cualquier caso, si bien el «pretexto» de algunas de dichas guerras fue categorizado como defensa del terrorismo, resulta alta-

mente inapropiado y anacrónico que, en estos días de principios de septiembre de 2010, tras los desarrollos de guerras como las de Irak o la de Afganistán, algún parlamento recurra al insostenible argumento de que se trata de «exportar» la democracia al tiempo que se asegura la integridad de nuestros conciudadanos. Esta posición ya resulta prácticamente imposible de asumir y justificar si atendemos, por ejemplo, al caso de Afganistán, aduciendo la lucha contra los talibanes y contra el número reducido de sus seguidores —en torno a 200 según datos del propio espionaje estadounidense— que continúan junto a Bin Laden, trasladados según todos los indicios a territorio paquistaní. Y ello porque en estos momentos ya parece que es difícil distinguir, entre los que luchan, contra quiénes lo hacen, pues los fines de conseguir el surgimiento de un Estado democrático parecen haber cedido a una salida ya no «victoriosa», como enfatizó Bush, sino, en términos de Obama, «exitosa», cuyo sentido preciso desconocemos. Esta reacción de ambigüedad y desconcierto para muchos ciudadanos proviene del conocimiento creciente de lo que sucede en tales espacios de guerra. En el caso citado, la turbación se ha agravado cuando un informe del 5 de junio de 2010, presentado por el Congreso de EE.UU., denuncia que millones de dólares del Pentágono acaban cayendo, para pagar chantajes, en manos de los caciques locales o, incluso, de los extremistas insurgentes, quienes permitirían de este modo el paso de los «convoyes estadounidenses». R. Holbrooke, el procónsul en las guerras de Irak y Afganistán, se veía obligado a declarar: «no estamos negociando con los talibanes», al tiempo que, ante las revelaciones del *New York Times*, el 7 de junio de 2010, en las que daba cuenta de cómo algunas de las compañías de seguridad que contrata EE.UU. para proteger sus convoyes con suministros para las bases sobornan a los talibanes e incluso fingen combates para aumentar la sensación de riesgo en las carreteras, llegó a afirmar: «Es una historia de la que se habla desde hace años. Yo mismo lo he denunciado».¹ Por otro lado, el propósito aducido desde el inicio de esta contienda calificándola de lucha por la liberación de las mujeres de su inhumano tratamiento ha dado paso a las afirmaciones de Karzai de que el problema es que las mujeres vivan, no cómo se desarrollen. Especialmente, el año pasado el presidente aprobó una ley que permitía a los maridos de la etnia hazara castigar a sus esposas sin alimentos en el caso de que se negaran a tener relaciones sexuales. Tengamos en cuenta, además, el masivo uso del burka, los ataques a las escuelas de niñas y la horrible estampa mostrada en estos días por *The Times*, en la cual aparece mutilada, con un agujero en la cara, fruto de cortarle la nariz y las orejas, una joven que buscaba su libertad abandonando el hogar en el que fue obligada a residir mediante un arreglo familiar, así como que se ha renovado el uso de la lapidación para los «pecados» de la carne.² Por si fuera poco, los «señores de la guerra» han recibido su parte de botín en forma de control de espacios afganos, con el consiguiente debilitamiento del poder del presidente Karzai supuestamente legitimado por las urnas, aunque se haya reconocido un claro fraude en las elecciones. A partir de la Conferencia de Londres, en febrero de este año 2010, se ha

iniciado una negociación con los talibanes dispuestos a abandonar la violencia. Mientras Karzai negocia acuerdos de paz en Kabul con insurgentes afganos del grupo de Hiz-i-Islami, liderado por Gulbuddin Hekmatyar, Hillary Clinton subraya el importante papel que podría desempeñar el ISI, servicio secreto del ejército paquistaní, como vía de acercamiento a otros grupos talibanes afganos, especialmente a la facción Haqqani, lo que dejaría aislado a un componente más minoritario de yihadistas fieles todavía a Osama Bin Laden y al-Qaeda. Esta hipótesis de trabajo tropieza con otros tantos graves problemas. Por ejemplo, a las tres etnias dominantes en el país: pastunes: 38 %, tayikos: 25 %, y hazaras: 22 %, hay que añadir otro grupo indeterminado de etnias menos relevantes. A la postre, los propósitos de negociación han de sumar más actores afganos y, en cualquier caso, parecen tropezar con la sorna de los propios talibanes que, además de sus acciones bélicas para expulsar a los ejércitos invasores, esperan el repliegue de los mismos en 2011 (aunque algunos Estados, como Holanda, ya han decidido su retirada, mientras que Alemania e Inglaterra lo tienen programado para fechas inmediatas, aun cuando no se ha llevado a cabo la preparación de la policía y el ejército afganos para la defensa de su país, un entrenamiento que necesitaría un tiempo no menor a diez o quince años).³ En cualquier caso, la retirada de los ejércitos, con las implicaciones de una imposibilidad asumida de dejar un contingente de tropas afganas listas para el apoyo y la defensa adecuados del poder votado en las urnas, será tratada por la reunión que la OTAN, con el conjunto de países que aún permanezcan sobre el campo de batalla, llevará a cabo en el próximo mes de noviembre. En un momento, por otro lado, en que los rotativos *The New York Times* y *The Guardian*, después de revisar los documentos recibidos de Wikileaks, definen el poder informativo de los más de 90.000 documentos clasificados como «un catálogo contemporáneo del conflicto», «documentos que revelan la extraordinaria dificultad a la que Estados Unidos y sus aliados se han enfrentado como ningún otro informe había hecho», «un panorama muy distinto al que estamos acostumbrados». Tales son los datos aportados según los cuales el servicio secreto paquistaní, el ISI, desde 2004 armó, entrenó y financió la insurgencia; al mismo tiempo se desprende de su lectura que Pakistán permitió a representantes del ISI entrevistarse con los talibanes para organizar grupos de combate contra los soldados de EE.UU. y planear el asesinato de líderes afganos. Los mismos informes también relatan los esfuerzos del ISI para coordinar la red de terroristas suicidas que se convirtieron en un arma terrible en 2006. Asimismo se muestra que el arsenal talibán es más sofisticado de lo que se ha reconocido públicamente. En mayo de 2007, un helicóptero Chinook fue abatido por lo que los testigos definen como un misil tierra-aire. Según los documentos, los talibanes poseen misiles que se guían por el calor. Podría tratarse de los mismos Stringer que la CIA entregó en los años ochenta a los muyahidines que luchaban contra el ejército soviético. Independientemente de la evaluación de los posibles efectos de dichos documentos sobre las tropas en acción, la furia de las élites políticas y militares estadounidenses, más

preocupadas por matar al mensajero, no vuelcan sus esfuerzos en detener los horrores de las muertes de civiles, lo que les habría hecho perder todo sentido de *auctoritas* en esta guerra,⁴ pese a las palabras del general Petraeus. Hoy mismo, 10 de septiembre de 2010, la prensa española se ha hecho eco de que el ejército de EE.UU. se enfrenta a un nuevo escándalo que implica a doce de sus soldados desplegados en Afganistán. Cinco de ellos, detenidos ya en junio pasado, están acusados de asesinar «por deporte» a tres civiles en la provincia de Kandahar, al sur del país, y otros siete de encubrir estos crímenes. A la luz de nuevos documentos divulgados en estas mismas horas por el propio ejército, se sabe en estos momentos que los cinco acusados de asesinato se enfrentan también a cargos por mutilar cadáveres, disparar contra civiles afganos «simplemente porque podían hacerlo», consumir hachís y darle una paliza al recluta que los denunció. Los informes señalan que los soldados guardaban como trofeos «partes de los cuerpos» de sus víctimas, como huesos, dientes y cráneos. En este contexto cobran especial relevancia los informes proporcionados por Wikileaks en cuanto a que se han traspasado líneas rojas en un tipo de contienda sin respeto a ninguna de las convenciones de guerra y se ha otorgado vía libre para matar sin que las víctimas inocentes y sus familiares puedan recurrir a ninguna instancia jurídica que avale los principios mínimos de control y respeto a la vida. En este sentido, sigue en activo la conocida Task Force 373, una unidad tan secreta como letal desplegada por EE.UU., a la que se le atribuye una lista de más de 2.000 nombres de talibanes y otros personajes, con atribuciones ilimitadas para coger prisioneros o, simplemente, matar sin que haya de rendir cuentas a ninguna instancia jurídica o militar independiente. A este respecto *Der Spiegel*, en su versión online internacional, escribía en julio de 2010 que la revelación de tales operaciones secretas absolutamente irregulares podrían poner en aprieto al gobierno alemán —lo que da idea de la penetración, el apoyo y la protección de diversos países europeos a tales escuadrones de la muerte—, ya que unos 300 soldados de TF-373 se han estacionado en la base militar alemana de Marmal, que ha servido de campamento desde el verano de 2009. Hay que tener en cuenta que el grupo TF-373 opera en el marco del Comando Regional Norte, que está bajo mando alemán. Esta herencia y este peso de la época Bush sigue, desgraciadamente, teniendo vigencia en la época Obama. Es más, como ha puesto de relieve Lluís Basset en su crónica del 12 de septiembre de 2009, Barack Obama está asumiendo como una nueva normalidad una parte del peor legado de su antecesor George W. Bush con relación al recorte de derechos y libertades, como son el mantenimiento de detenciones indefinidas de sospechosos de terrorismo, los tribunales militares de excepción y los asesinatos selectivos, que se han incrementado en los dos últimos años, como ya había denunciado en junio pasado la Unión Americana para las Libertades Civiles de Estados Unidos (ACLU). La prueba más fehaciente e inmediata de la vigencia de dicho proceder la hemos podido comprobar a través del fallo del tribunal estadounidense que, en la primera semana de septiembre de 2010, «rechazó por un solo voto de

diferencia (seis a cinco) que cinco prisioneros de la CIA supuestamente torturados por encargo en prisiones de terceros países pudieran emprender acciones legales ante tribunales estadounidenses. La demanda, presentada también por la ACLU, tuvo que resolver “un penoso conflicto entre los derechos humanos y la seguridad nacional”, según uno de los jueces que decidió sobre el caso». ⁵ El propio Lluís Basset escribe: «encadenado todavía a las funestas consecuencias de las guerras preventivas y las políticas antiterroristas de Bush, Obama no tiene márgenes de maniobra para progresar en su programa de derechos civiles. Al contrario, tiene fuertes presiones de los militares y de los agentes secretos para que lo abandone. Obama no carga tan sólo con parte del legado de Bush en derechos humanos, sino que además se ve obligado a defenderlo». Una situación y una posición que, como insiste Basset, *The New York Times* zanjó, el jueves pasado, con un editorial cuyo título expresa claramente la línea de pensamiento del periódico: «La tortura es un crimen, no un secreto».

No menos preocupante es el hecho de que el país se ha convertido en el mayor proveedor de opio en el mundo, ⁶ lejos de una reconstrucción del mismo que permitiera futurizar dentro de una alternativa económica y de trabajo para los ciudadanos y las ciudadanas afganos, ⁷ cansados, por otra parte, de la corrupción denunciada y que parece instalada en las propias instituciones estatales. ⁸ Después de la controvertida imposición del válido de EE.UU., Hamid Karzai, y su aceptación por la Loya Jirga en abril de 2002, con la disolución inmediata de ésta para evitar enfrentamientos con el poder provisional de Karzai, Lakhdar Brahimi, enviado especial de la ONU a Afganistán y el mismo que intentaría negociar una solución para la caótica situación creada por los norteamericanos en Irak, manifestaba ante el Consejo de Seguridad de la ONU, en enero de 2003, que el tráfico de opio representaba ya la mitad del producto interior bruto afgano, habiéndose multiplicado por diez desde que Karzai ocupara el poder. No se puede obviar que Afganistán se ha convertido, prácticamente, en el único narco-Estado. Si atendemos a la necesaria venta del opio fuera de Afganistán, con una escasa masa de población para atender la producción total del mismo, comprenderemos los reproches continuos a EE.UU. por parte de Rusia, convertida en el principal destino en estos momentos de los narcotraficantes, situación que se agrava por la capacidad de los mismos para corromper los poderes de los países vecinos con el fin de obtener paso franco para trasladar el opio a otros lugares con capacidad de consumo. En tales condiciones, comentan diversos autores, no tiene sentido la guerra contra el terrorismo. En realidad, parece más bien una guerra civil en la cual nosotros tomamos partido por una de las partes, con concesiones a las otras en liza: a los talibanes menos beligerantes se les ofrece un acomodo en el nuevo Estado democrático aún por constituirse, mientras que a los talibanes irredentos se les brinda un destierro acomodado. Todo ello sin contar con la ambigüedad y el peso del ejército pakistaní, reacio a trasladar a una gran parte de sus hombres a las fronteras con Afganistán, situación que les dejaría casi inermes ante un supuesto

ataque de su eterno enemigo, India, que ha firmado un excelente protocolo de ayuda y cooperación con EE.UU. Este último, enzarzado en la amenaza de una guerra contra Irán por el empeño de construir armas nucleares, ha pasado por alto la posesión de dichas armas por parte de India, quien como Israel y Corea del Norte no ha firmado el Tratado de No Proliferación. Pese al secretismo que rodea este tipo de armamento, se supone que la India tiene en estos momentos entre 60 y 80 cabezas disponibles. Además, desde julio de 2009 dispone del primer submarino nuclear de 7.000 t, el *Arihant*, y anuncia la construcción de otros cuatro. No podemos olvidar el contencioso que mantiene con Pakistán, quien también posee armas nucleares, en torno a la región de Cachemira y que estuvo a punto de producir un enfrentamiento armado entre ambos países en 1999 y de nuevo en 2002. El entramado de la guerra de Afganistán no puede permitirnos olvidar que el propio Pakistán sufre también interiormente el problema del terrorismo, con diversos grupos guerrilleros que luchan por el control de espacios geográficos. Todo lo cual hace aún más problemática una guerra como la de Afganistán, a la que pocos conceden no ya una salida victoriosa sino ni siquiera «exitosa».⁹

2. El carácter proemial de este primer acercamiento a las guerras del siglo XXI, con la obligada limitación de espacio que establecen las normas de la *RIFP*, justifica que haya de realizar una muy sintética exposición de lo que sería la primera parte de mi trabajo, apuntando sólo entre líneas los otros dos aspectos que determinan la configuración de mi tesis central: la reconceptualización de las guerras hoy. Y, desde esta perspectiva, la descripción mínima que he realizado sobre algunos aspectos de la guerra de Afganistán me servirá de referente para explicitar los cambios socio-políticos e incluso económicos, no contemplados por los mentores que iniciaron o justificaron dicha guerra. La utilizaré asimismo para poner de relieve los presupuestos y las categorías que la nueva naturaleza de los estudios sobre relaciones internacionales han venido sistematizando teóricamente, en contraposición a la tradicional interpretación de la geopolítica, en relación con los procesos bélicos. Han tenido así una vigencia dominante hasta, prácticamente, el final de la Segunda Guerra Mundial reconceptualizaciones, que habré de explicitar a lo largo del trabajo, de las que vengo denominando guerras del siglo XXI. Por supuesto, el tratamiento teórico que se debería adoptar para el examen de la naturaleza de la guerra de Afganistán nos ofrece las categorías propias que hemos de extender a otras actuaciones bélicas, tales como la que ya se puede dar por inconclusa en Irak. Ésta, como la ya citada contra al-Qaeda y los talibanes, no ofrece ninguno de los objetivos fundamentales que se habían diseñado para el final de la misma. Así, por ejemplo, la salida de la guerra de Irak no cumple el propósito central y fundamental que generó el inicio de la contienda, tan irregular en su conformación como arbitraria en su ejecución, y que consistía en establecer una democracia viable. Lo que hoy podemos afirmar con datos objetivos fácilmente contrastables es que justamente lo que está en crisis es precisamente la propia viabilidad de la legitima-

ción del poder que aún no se ha podido concretar, a pesar del tiempo transcurrido tras las últimas elecciones; ni se ha creado una alternativa socio-económica para una etapa que se contemplaba como exitosa tras la caída de la dictadura, y para cuya realización se ha podido constatar que, tras la «victoria» anunciada por Bush, se hallaban presentes sobre el terreno más de mil agentes de cientos de empresas, especialmente estadounidenses. Más aún, el movimiento de flotas marinas de diversos países y el inquietante rumor de una nueva guerra o de ataques preventivos parecen haber arruinado el idílico supuesto de que la guerra de Irak daría paso a un Oriente pacificado. Otro tanto ocurre con las propias acciones bélicas a gran escala que están teniendo lugar en diferentes escenarios en África, en torno a la explotación de líquidos y materias especialmente sensibles para el sostenimiento de las economías de los países desarrollados, como es el caso del coltán, con el apoyo exterior de compañías que proporcionan armas para su explotación. Este marco de actuación ya fue puesto en ejecución con motivo de las guerras que arrancaron tras el «corto siglo XX» en la antigua Yugoslavia, con la implicación, ocultada, de las propias potencias que se comprometieron a actuar según principios de «participación humanitaria». De hecho, como ya sabemos con todo detalle, se contravinieron las reglas que se firmaron y los acuerdos internacionales que explicitaron los supuestos pacificadores de la zona. Unos y otros colaboraron con ayudas de diversa clase, por ejemplo, con hombres reclutados y contratados en el extranjero y sirviendo armas propias para el conflicto, bien a favor de una u otra de las partes, «con nocturnidad y alevosía», conculcando con total deslealtad los principios que se habían instituido a la hora de establecer el acuerdo de actuación conjunta. En definitiva, se podría afirmar que muchas de tales guerras, como sucede concretamente con la de Afganistán, entre el anacronismo de los principios teóricos que las justificaron y el cambio imprevisto generado por la propia internacionalización de la guerra, llevan en su vientre objetivos, fines, medios y aliados no dominantes ya en estos momentos. Esto significa que tales confrontaciones bélicas han evolucionado y han entrado en un ámbito geopolítico nuevo, que han surgido agentes no atendidos en su preparación y que, a su vez, se han precipitado en el tiempo arrastradas por el surgimiento y el auge de nuevos centros con claras aspiraciones de poder y control. Estos últimos, aunque aún no han conformado un escenario propiamente multipolar, sí tienen ya capacidad para detener o dar al traste con los planes iniciales de la potencia «unipolar» dominante, haciendo virar los puntos estratégicos del nuevo panorama geopolítico global. Más aún, una situación de recesión económica gravísima, como la que se ha originado a partir del corazón de Wall Street, puede determinar un abrupto giro de la potencia superior que ya no puede por sí misma, ni encuentra aliados para ello, llevar a cabo una agenda diseñada en tiempos de presupuestos generosos. Todo ello parece haber llevado a algunas de las guerras más específicas del «Hegemón» hacia un callejón sin salida al haberse configurado «un nuevo mapa del mundo», en términos de Celso Amorim, ministro de Relaciones Exteriores de Brasil.

Si nos atenemos a los estudios de Braudel sobre el proceso de constitución de ciudades y centros de poder con capacidad de extenderse a un ámbito mundial, el autor francés hace notar que el año 1929 puede ser tomado como la fecha en la cual Londres, como capital de todo el vasto imperio británico, pasaría el testigo a Nueva York y marcaría el cambio del panorama geopolítico global. En este sentido, EE.UU. se convierte en el «centro» económico-político y militar en torno al cual se irán gestando los grandes poderes, las contiendas que tienen como objetivos tanto territorios como posiciones geográficas estratégicas o ámbitos de recursos, que originarán los enfrentamientos bélicos y la articulación de los grandes momentos que harán girar la propia naturaleza de tales relaciones internacionales. Es cierto que este último término «relaciones internacionales», con el significado que le atribuyen algunos autores como Michael Klare, no es neutral con respecto a lo que académicamente se había estado impartiendo como «geopolítica». El uso de geopolítica o competencia política alude al tipo de dominio y control que ejercieron durante siglos aquellos centros que, desde el Mediterráneo al Norte de Europa o a los grandes imperios de la Modernidad, controlaron o impusieron sus dominios, dando lugar, finalmente, a los dos grandes conflictos mundiales del siglo XX y que tendrían sus últimos vestigios en las propuestas expansionistas de Hitler, la propia Rusia leninista o el imperio japonés. La «Guerra Fría», tras la contienda de 1945, introduce elementos ideológicos de diversa índole: político-sistémicos, económicos, de derechos civiles, etc., en las relaciones entre países aspirantes al poder hegemónico y parecen obligar a planteamientos de nuevo cuño en las consideraciones geopolíticas que, en este contexto, reciben el nombre de «relaciones internacionales». Ciertamente, tras la caída del Muro de Berlín volvieron a reverberar los procedimientos, los objetivos y la prosecución del poder que habían dominado tiempo atrás. Después de la que propiamente sería la Tercera Guerra Mundial, la correspondiente a la inhumana matanza sin fin de los Grandes Lagos en África, Huntington, que en 1995 se había atrevido a aventurar, cargado de una islamofobia anacrónica, una nueva guerra mundial para los años veinte del siglo XXI, tomaría de nuevo la situación geoestratégica mundial haciendo un balance al final del siglo XX sobre la hegemonía de Estados Unidos. En su artículo «La superpotencia solitaria», en el que escribe que «el unilateralismo de Estados Unidos [...] revela una política retórica y un poder hegemónico hueco», sentencia que «a los estadounidenses les convendría dejar de actuar y de hablar como si el mundo fuera *unipolar*; ya que no lo es». En definitiva habríamos entrado en un mundo *multipolar*; en el cual «las potencias crean permutaciones y combinaciones varias».¹⁰

3. Pese a sus intentos de reacomodar tanto teórica como prácticamente las acciones en política exterior atribuidas a Estados Unidos por parte de Huntington, este autor, como ya se comprobó en su libro sobre el choque de civilizaciones y la hipótesis de una nueva guerra mundial, no acaba de abandonar todo el lastre de

una interpretación sujeta a lo que podríamos comparar con un juego de ajedrez, en el cual las fichas serían movidas por un tercero.

Atendiendo al contexto que hemos venido delimitando y apresurando la exposición de los cambios teóricos y prácticos en torno a los enfrentamientos bélicos y, por tanto, a las relaciones entre países o grupos, así como a la imputación de los centros de poder que deciden tales actos, creo que podríamos aducir, en primer lugar, el escorado y reducido papel otorgado a los Estados. Éstos se han venido considerando como el ejercicio del poder legítimo en función de la defensa de espacios y territorios delimitados. Serían el resultado de los procesos que han llevado, en nuestro ámbito occidental, desde el feudalismo hasta la consagración de Estados como órganos de los poderes absolutos de los monarcas, en un primer momento. Más tarde, el desarrollo de tales Estados absolutos conduciría a la institucionalización más social y política de los mismos en función del concepto de ciudadanía, fruto de las revoluciones estadounidense o francesa, además de los aportes de la llamada revolución inglesa, muy cuestionada en cuanto a sus logros conseguidos. De este modo, dicho sucintamente, los Estados eran considerados conceptualmente como ámbitos de difíciles estudios jurídicos y constitucionalistas que habrían de legitimar su existencia. Esta consideración llevaba implícita la idea de que los Estados, a su vez, eran los ámbitos dentro de los cuales se movían e intercambiaban relaciones los agentes plurales de la sociedad; eran espacios jurídicamente constituidos que permitían especialmente los intercambios económicos y las propias aspiraciones y luchas por controlar el poder. El gobierno, en fin, como hace constar Skocpol, no era considerado propiamente como un actor independiente, sino que «en la investigación comparativa, las variaciones en las organizaciones gubernamentales se juzgaban menos significativas que las “funciones” generales compartidas por los sistemas políticos de todas las sociedades».

El paso de los antiguos estudios geoestratégicos a los denominados hoy como relaciones internacionales radica en el acopio de estudios realizados por la antropología sobre grupos sociales o ámbitos geográficos muy diferenciados de los europeos, en los nuevos derroteros de la sociología y de la política comparada, especialmente los referidos a la reconstrucción de los Estados tras graves revoluciones o a la influencia de los Estados en la conformación de ciertos mercados económicos. Por mi parte, creo que tiene un especial significado crítico-normativo, en referencia a problemas que se relacionan con los contextos de las relaciones internacionales, la reconsideración de la denominada «cultura política». En otro lugar he tratado de contraponer esta concepción a la que utiliza Huntington en su obra *El choque de civilizaciones* y que, precisamente, juega un papel fundamental a la hora de describir y dibujar las fuentes de posibles enfrentamientos bélicos, en concreto, explicaría y fundamentaría su especial hipótesis de una nueva guerra mundial. La concepción de la cultura política hoy está absolutamente alejada de la concepción descriptiva de la cultura de Taylor, esto es, la concepción más convencional que aún utilizan algunos autores, y que consiste en asumir como cultura la

mera suma de elementos diversos de usos y costumbres de un grupo, sociedad o nación, sin que nunca se ofrezca la posibilidad de una intelección interna de su naturaleza, de su estructura y de su desarrollo. Asimismo, la nueva concepción de la cultura política no guarda relación con aquella propuesta de la cultura política behaviorista, psicologizante e ideológicamente identificada con determinados desarrollos de la democracia que Almond y Verba expusieron a finales de los sesenta, con una revisión crítica en el año 1980. En contraposición a estas tres perspectivas de la cultura, la de Huntington como fuente de enfrentamientos bélicos, la meramente descriptiva de Taylor y la behaviorista de Almond y Verba, deudora de una concepción del desarrollo político marcado por las supuestas democracias occidentales más avanzadas, creo que la cultura se define por y se refiere a sistemas de símbolos que remiten a reglas y a «programas», por emplear un término tan pregnante en nuestra época. Son estos sistemas de símbolos los que permiten a los individuos en sociedad, desde un punto de vista de desarrollo histórico en interrelación con diferentes grupos sociales internos o externos, la elaboración de códigos de significado en los diversos momentos históricos, la posibilidad de actos de entendimiento aun en los desacuerdos en torno a las formas de las relaciones sociales, así como la construcción de imaginarios políticos dispares y alternativos en una misma tradición cultural. Geertz ha definido las culturas como «las formas simbólicas públicamente existentes a través de las cuales los individuos experimentan y expresan los significados». Esta dimensión semiótica y este carácter dinámico, abierto y de gran plasticidad de la cultura, en cuanto trama de significaciones que los hombres van construyendo, implica que «la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones». Esta concepción de la cultura ha tenido, inmediatamente, un desarrollo en la sociología política que permite dar un giro importante. Así, frente a la concepción objetivista de la cultura, ésta se presenta como una de las dimensiones sociales de interacción y comunicación. De este modo, como señala María Luz Morán, se produce un giro metodológico que lleva a establecer una especial relación más comprensiva entre estructura social, actores sociales y cultura. Siguiendo a Eder, nuestra autora apunta al hecho de que pasan a un primer plano, como tema central de los análisis de las culturas políticas, «los procesos históricos concretos a través de los cuales se originan nuevas culturas políticas y sus relaciones de interdependencia en la estructura social».¹¹ Desde esta perspectiva resulta falaz hablar, en una sociedad moderna, de cultura política sin más. La superación del concepto tradicional de la cultura abre las vías para formular las preguntas pertinentes acerca de quién establece la cultura política, interrogante que deja entrever la pluralidad de formas culturales políticas en el interior de una misma cultura, así como atiende ya a las condiciones históricas y sociales a través de las cuales se producen las culturas políticas como resultado de luchas sociales, se instauran y se monopolizan las culturas «oficializadas» como si fueran las propias

y las pertinentes en cada período histórico. Desde esta perspectiva tiene su sentido más propio y crítico la alusión de Hobsbawm a posiciones como las que denuncia Michael Klare en lo que se denomina tradicionalmente como geopolítica o competencia política, aludiendo a la consideración de enfrentamiento entre Estados, definidos como guardianes de ámbitos geográficos, legitimados en su violencia por la permanencia de fronteras en las que se agrupan pueblos, a lo que puede añadirse ciertas notas de cultura o formas ideológicas de sentido de vida. Por el contrario, el historiador afincado en Inglaterra argumenta que «la historia la hacen las acciones de los hombres y sus elecciones son conscientes y pueden ser significativas [...] Las teorías que ponen excesivo énfasis en elementos voluntaristas o subjetivos de las revoluciones han de ser consideradas con cautela».¹² Estaríamos asistiendo de este modo a lo que caracteriza a los autores que han implantado la temática de las relaciones internacionales y que guarda relación con la propuesta de centrar el estudio en torno a la atención, en términos de Bryant, «en la simultaneidad que determina la *constitución social* de los acontecimientos y procesos históricos, y la *transformación histórica* de los agentes, instituciones y culturas que constituyen las realidades que fluyen y a través de las cuales la vida “histórico-social” se va haciendo».¹³ Aplicado a nuestra situación presente, el programa iniciado por los diversos autores de la renovación de las relaciones internacionales podría cifrarse en la propuesta de Tilly, de la que se hace eco Jaime Pastor, y que implica atender «a los dos principales procesos interdependientes de la época: la creación de un sistema de Estados nacionales y la formación de un sistema capitalista mundial. Nos enfrentamos al reto de integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia».¹⁴ Jaime Pastor señala en el trabajo citado anteriormente que la construcción de esta familia de corrientes nuevas a las que estamos aludiendo apuntaría a un debate central en este tiempo, a saber, la «autonomía del Estado en las relaciones internacionales». Desde esta perspectiva sería Fred Halliday quien habría centrado el problema apuntando a la necesidad de acabar con el ideal del Estado como «totalidad nacional-territorial» para pasar a entenderlo como «un conjunto específico de instituciones coercitivas y administrativas, diferentes del contexto político y social más amplio en que están situadas». En definitiva, escribiría en su día Halliday, se trata de estudiar, en un contexto comparativo, histórico, «cómo ha afectado el funcionamiento internacional del Estado al funcionamiento interno del propio aparato del Estado».¹⁵

Desde la perspectiva en la que insiste Halliday es obligado tener en cuenta los trabajos de Theda Skocpol, la autora que más sistemáticamente ha insistido en esta dimensión: la autonomía del Estado en diferentes momentos y en contextos muy dispares. Desde esta perspectiva hay que considerar su exhaustiva introducción a una compilación sobre el regreso del Estado dentro del análisis actual que se viene teorizando en el campo de las relaciones internacionales. Corresponde al texto escrito por Skocpol, «Bringing the State Back in Strategies of Analysis in Current Research», como introducción al libro editado conjuntamente con B. Evans,

D. Rueschemeyer y la propia T. Skocpol: *Bringing the State Back* (Cambridge University Press, 1985, pp. 3-43).¹⁶ Es un estudio prácticamente exhaustivo en cuanto a las diferentes posturas mantenidas por los autores del nuevo estatuto otorgado a las relaciones internacionales desde la perspectiva de la naturaleza y autonomía del Estado. Su posición se enfrenta tanto a los paradigmas estructural-funcionalistas como a los paradigmas pluralistas. Estos últimos, enfrentados a análisis concretos de las políticas públicas, vinieron a concluir en términos que contradecían sus principios, según los cuales la vida política está referida a las demandas de grupos sociales o a los electorados, pero no contemplaban, contradictoriamente a los análisis que llevaron a cabo en los años setenta, que la estructura y las actividades del Estado pudieran llevar a cabo políticas que iban más allá de lo supuestamente demandado por los ciudadanos. Un caso parecido lo ofrecían los investigadores estructural-funcionalistas que defendían la tesis de un «desarrollo político» que era absolutamente dependiente de la lógica intrínseca de la «diferenciación» socioeconómica. Esta posición no les permitía comprender que el desarrollo político en la era de Thatcher y de Reagan tuviera más que ver con los problemas de la construcción de un nuevo tipo de Estado, así como con las luchas concretas de carácter internacional que llevaron a cabo. Bien es cierto que el acento en la autonomía del Estado enfrentó a Skocpol con parte de grupos neomarxistas que seguían insistiendo en el Estado como el ámbito de las luchas de clases sociales, así como otros cifraban su estudio en la generalización de ciertas características o funciones de los Estados dentro de un modo de producción. A partir de los estudios comparados e históricos centrados en el cambio social, la autora estadounidense pretende visibilizar y ofrecer como dimensiones propias de la naturaleza del Estado el protagonismo que en esos campos puede y de hecho realiza el Estado. Es justamente teniendo en cuenta la necesidad de respetar la historicidad intrínseca de las estructuras geopolíticas como podremos entender y atender el entrelazamiento real entre los acontecimientos nacionales y los contextos históricos mundiales cambiantes. No se trata, por tanto, finaliza, de llevar a cabo «una gran teoría, nueva o restaurada, del Estado, sino interpretaciones fundamentales y analíticas de las regularidades causales que subyacen en la historia de los Estados, las estructuras sociales y las relaciones transnacionales en el mundo moderno».

4. En esta conjunción de los campos abiertos por la familia de autores que llevan a cabo el desarrollo de las relaciones internacionales, cuyos representantes y orientaciones pueden encontrarse en el trabajo introductorio citado y debido a Skocpol, así como atendiendo a las distinciones tan relevantes que introduce Mann, con su división cuatripartita de las fuentes del poder social: la ideológica, la económica y la social y la militar, así como aprovechando las orientaciones de Tilly sobre la necesidad de atender a los dos principales procesos interdependientes de nuestra época, quisiera terminar apresuradamente esta introducción con una llamada al fenómeno de la globalización como un hecho que se entrecruza en esas diversas

fuentes del poder social y redimensiona el propio Estado. En primer lugar y tratando de la globalización realmente existente quisiera mencionar que ésta no puede confundirse con un desarrollo técnico, aunque lo suponga, ni guarda relación con la supuesta ausencia del Estado, como se ha podido comprobar en el aporte hecho a las grandes financieras que causaron la recesión actual que durará años, como tampoco conviene cifrarla en el hecho de la deslocalización de las empresas llevada a cabo por las grandes multinacionales. Por el contrario, la globalización tiene su fundamento en una *política-económica* perfectamente diseñada y llevada a cabo con toda determinación por la unión que Braudel señaló entre el príncipe y la bolsa, en este caso, por la decisión, en momentos de una violencia inusitada, tomada por gobernantes como M. Thatcher y R. Reagan de dar su apoyo a la desregulación financiera a partir de lo que algunos autores han denominado el *Big Bang* generado en la *city* londinense bajo el amparo y control de Wall Street. Lo que ha mostrado, por otra parte, la globalización es que el capitalismo, que algunos han dado en refundar de forma torticera, frente a la teoría de la modernización y la del desarrollo, ni es inclusivo ni se extiende a todo el mundo. Por el contrario, la globalización, en la forma neoliberal que ha adoptado el capitalismo hoy, es *transversal y excluyente* tanto con respecto a las sociedades de los países centrales como respecto al resto del mundo. Con una *addenda* no siempre atendida y que es de gran calado. Me refiero a la conocida como cláusula 4.^a de Truman. Ésta hace referencia a un famoso discurso de Harry S. Truman, del jueves 20 de enero de 1949. En él se señala, además de otros considerandos que merecen leerse con total atención, que «más de la mitad de la población mundial vive en condiciones próximas a la miseria. Su alimentación es inadecuada y resulta víctima fácil de las enfermedades. Su vida económica es primitiva y estancada. Su pobreza *es un hándicap y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas*». Creo que es una de las dimensiones fundamentales aún incardinadas en la globalización. Por un lado, el supuesto de que sólo cabe un tipo de economía y desarrollo, cual es el propio del capitalismo triunfante. En segundo lugar, el 80 % de la población, además de pobre e irredenta por sí misma, supone *un problema de seguridad para los países desarrollados*. La criminalización de la pobreza y la extensión a un inmenso número de personas explica, en parte, que los «irredentos» nombren reactivamente a quienes los condenan como «el enemigo a exterminar». No ha de extrañarnos esta posición si recordamos que ya Reagan denominó a la extinta Unión Soviética con un término de carácter sacro: «el demonio». ¿Resulta tan extraño que los parias denominen «infieles» a quienes los excluyen por principio? En un artículo titulado «El comienzo de la historia», publicado por Manuel Castells en el vol. 1, n.º 2, de *El socialismo del futuro* (1990), el sociólogo catalán, refiriéndose precisamente a los excluidos tal como lo hemos argumentado, aludía a la *reacción multiforme y fundamentalista que la segregación de una parte importante de la población del planeta genera*. Más concretamente: «Es la lógica de la exclusión que responde a la lógica de la exclusión. Si el desarrollo del nuevo

sistema crea la irrelevancia de una parte importante de la población mundial, los individuos y las sociedades así ignoradas (que no explotadas), reducidos a una condición de subhumanos, responden con la redefinición autónoma de los criterios de humanidad y declaran no-humanos, “infieles”, “satánicos” o “explotadores” a quienes se integran en el nuevo sistema. Así planteada la relación de la no-relación, la consecuencia lógica es la resistencia suicida o la guerra de exterminio, la alteridad total llevada a sus últimas consecuencias, es decir, el terrorismo indiscriminado y generalizado como arma última del excluido. El terrorismo fundamentalista será (es ya) la guerra mundial del siglo XXI». La fecha del escrito, repito, es del año 1990.

NOTAS

1. Cfr. Georgina Higuera, *El país*, Madrid, 08/06/2010.

2. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, en la actualidad y tras la guerra desarrollada, el 87 % de las mujeres afganas es analfabeta; sólo el 30 % de las niñas tienen acceso a la educación; una de cada tres mujeres sufre violencia machista; entre el 70 y el 80 % de las mujeres son obligadas a casarse con el marido elegido por el padre; la mujer afgana no puede salir de casa sin permiso del marido, etc.

3. Ésta es, por otro lado, la opinión del general James Conway, comandante de los marines, ante los planes de la Casa Blanca para retirar en julio de 2011 las tropas de Afganistán. El general afirmó el 24 de agosto de 2010 que la retirada es un estímulo para los talibanes y advirtió que las fuerzas afganas necesitarán «algunos años» para estar en condiciones de garantizar la seguridad del país: «Pensamos que el plazo de julio de 2011 es un estímulo para el enemigo. Pasarán algunos años antes de que las condiciones sobre el terreno hagan posible un cambio de mando».

4. El propio Karzai, en julio de este año 2010, se enfrentaba a la OTAN por la responsabilidad en la muerte de civiles en Helmand, acusando a la Alianza de bombardear la zona y matar a unas 50 personas. Hay que tener en cuenta que el número de civiles muertos desde el inicio de la invasión en marzo de 2003 oscila entre 97.112 y 105.959, según datos ofrecidos por Iraq Body Count.

5. Cfr. Lluís Basset, «La nueva normalidad de la tortura», *El País Domingo*, 12/09/2010.

6. Como se sabe, Barack Obama ha abandonado la doctrina de Bush, quien había propuesto la erradicación de los campos de opio, en un tipo de política análoga a la impuesta en Colombia. Hoy día, los responsables políticos estadounidenses en Afganistán, entre los que se cuenta también el enviado especial Richard Holbrooke, temen que la prohibición del cultivo del opio podría llevar a una insurrección talibán, en la que podrían participar algunos señores de la guerra que cobran «el peaje» por dicha mercancía, al dejar a los agricultores sin su actual medio de vida. La administración de la Casa Blanca se limita a instar a los productores a buscar «medios alternativos de vida», como el cultivo del trigo, al tiempo que se afana en contrarrestar a los narcotraficantes. Afganistán representa el 92 % del opio que se mercadea en el mundo.

7. De acuerdo con los indicadores sociales publicados por Naciones Unidas, Afganistán sigue siendo uno de los países más deprimidos del mundo. La esperanza de vida no rebasa los 44 años, siendo la segunda más baja de la zona (detrás sólo de Níger) en el conjunto de todos los países del mundo. El Índice de Desarrollo Humano de la ONU de 2009 revela que Afganistán sigue estando en el último lugar de países en lo que se refiere a su Producto Interior Bruto, el último igualmente en cuanto a calorías alimenticias. Afganistán sólo viene a destacar en un campo: la emigración. Este país está a la cabeza del 30 % de países en términos de emigración, un indicador condenatorio que muestra los peligros a los que se enfrentan los civiles con la ocupa-

ción de EE.UU. y la OTAN. Cfr. Anthony DiMaggio, «Afganistán en ruinas: la retórica de Obama queda en entredicho por la realidad sobre el terreno», 18/7/2010.

8. La corrupción en Afganistán, según un informe de la organización Integrity Watch conocido en julio de 2010, se ha doblado desde 2007. Los afganos pagaron en 2009 cerca de mil millones de dólares en sobornos, dedicando una tercera parte de dicho presupuesto para obtener algún tipo de servicio público. En los últimos cuatro años, Afganistán ha pasado del puesto 117 al 176 en el índice de corrupción que elabora Transparency International.

9. No se puede obviar que, en el mayor de los secretos, Israel es considerado como un país que posee armas nucleares, en torno a 400 ojivas. Como se sabe, el sábado 22 de septiembre de 2007 diversos rotativos se hacían eco de una noticia inquietante, según la cual, en un momento de conflicto caliente entre EE.UU. e Irán, al que se acusa de estar fabricando la bomba nuclear, aviones de combate israelíes bombardearon, el jueves 6 de septiembre de 2007, objetivos sirios «no identificados». El mutismo del gobierno sirio e israelí fue roto en las últimas horas del 26 de septiembre por el ultraderechista israelí Benjamin Netanyahu y el influyente diario estadounidense *The Washington Post*, quienes, por separado, vinieron a confirmar que el ataque de los aviones judíos en territorio sirio existió. Más aún, *The Washington Post* aseguraba que su información procede de inteligencia proporcionada por EE.UU., y con conocimiento de funcionarios y asesores de la Casa Blanca. El artículo de *The Washington Post* es la primera información supuestamente contrastada de que el blanco del ataque fueron «instalaciones nucleares». En general, la mayoría de los analistas sostuvieron que el ensayo militar israelí contra Siria fue realizado con el objetivo de contrastar la capacidad de las defensas antiaéreas sirias y poder establecer así una posible agenda de ruta cuyo objetivo sería Irán. Este país, como sabemos, a la altura de septiembre de 2010, es el principal obstáculo para la formación de un gobierno en Irak, tras unas elecciones celebradas el 7 de marzo de 2010 y ganadas por el suní Iyad Alawi con 91 diputados, en una coalición de suníes y chiíes de tendencia laica, seguido muy de cerca por el chií Al Maliki, con 89 diputados. El problema radica en que el tercer partido, también chií, Alianza Nacional, obtuvo 70 diputados. Tras varias reclamaciones de Al Maliki, no aceptadas por los jueces, acabó formando, el 1 de junio de 2010, una coalición con la también chií Alianza Nacional y alcanzando, de esta manera, 159 diputados. Esta nueva situación, en cuya gestación se ha visto la mano de Irán, se coloca en el primer puesto para la formación de un próximo gobierno. De este modo, tanto la guerra de Irak, más directamente, como la de Afganistán, por otras razones, y la propia situación de Oriente Próximo, se sitúan en la órbita del enemigo mortal de EE.UU.: Irán, un nuevo actor fundamental, al que no se le esperaba, en las guerras que venimos considerando. Hay momentos en la historia en los cuales un hecho o un dato cobran un significado muy distinto, en un corto espacio de tiempo, con el cambio de luces de un amanecer imprevisto.

10. S.P. Huntington, «La superpotencia solitaria», *Rev. Política Exterior*, 71, septiembre/octubre de 1999, p. 53.

11. M.L. Morán, «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta* 77/78 (1996-1997), p. 13.

12. E.J. Hobsbawm, «Las revoluciones», en R. Porter, M. Teich, *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona, 1990, p. 27.

13. Citado por Jaime Pastor, «Sociología histórica y relaciones internacionales. Apuntes para un balance», *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, n.º 5, noviembre de 2006, UAM-AEDRI, pp. 1-2.

14. Ch. Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Universidad, Madrid, 1991, p. 177.

15. Recogido por Pastor en art. cit., p. 4.

16. Puede consultarse una excelente traducción en: [www.cholonautas.edu.pe / Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales](http://www.cholonautas.edu.pe/BibliotecaVirtualdeCienciasSociales), año 1995, pp. 92-129. Traducción de Fabián Chueca.